María Consuelo Puentes, cirujana infantil y neonatal

“Los niños son los grandes desplazados de esta pandemia”

La doctora comenzó una campaña para conseguir smartphones y conectar a los menores aislados.

Por Constanza León A

María Consuelo Puentes, cirujana infantil y neonatal, corre para dejar muy temprano en el Hospital San Juan de Dios —donde trabaja hace cinco años— treinta celulares que logró recolectar.

La doctora de la Clínica Las Condes —que apoya la unidad de neonatología de la Clínica Tabancura y del Hospital de La Florida— encabeza, junto a la Sociedad Chilena de Cirugía Pediátrica, la campaña Más Cerca (www.seguirjuntos.org), para conectar a los niños que están hospitalizados con sus padres.

En grupos de Whatsapp comenzó a pedir smartphones y/o tables (en buenas condiciones y con sus cargadores) para donar. “Todo partió cuando escuché a una mamá que decía que su angustia más grande era dejar a su hijo solo en el hospital. Esa angustia se convirtió en un episodio algo agresivo, de mucha pena y ansiedad”, relata Consuelo.

Esta crisis sanitaria no permite niños acompañados, ni con covid-19, ni aquellos que llegan a hospitalizarse por la razón que sea: niños con tratamientos oncológicos, otros a la espera de transplante, los que han visto agravadas sus enfermedades crónicas. Todos están solos. “Hay guagüitas recién nacidas que necesitan cuidados intensivos y que llevan meses sin sus madres”, añade.

“Los niños sienten el abandono, no entienden por qué la mamá no los va a visitar”.

“Los niños son los grandes desplazados de esta pandemia. Primero, porque los adultos mayores son la población de riesgo y estamos dándolo todo por sacarlos adelantes. Los servicios de pediatría se están convirtiendo para adultos, los pabellones son ocupados para tratar a pacientes con coronavirus, los servicios pediátricos están convirtiendo sus camas y los niños se siguen enfermando. Y estamos comenzando el invierno, que es cuando habitualmente colapsan los sistemas”.

“Entonces, —continúa— se me ocurrió pedirles celulares a mi grupo de amigos del colegio, que siempre me ayudan, y empezamos la campaña”.

Consiguieron algunas donaciones de Motorola, Wom y Simple Mobile y luego se unieron a la Sociedad Chilena de Medicina Intensiva, la Sociedad de Medicina de Urgencia y a un equipo de El Salvador, que están buscando aparatos para conectar con sus familias a los pacientes terminales, hospitalizados en UCI y en servicios de urgencias.

Un equipo de amigas psicólogas generó material didáctico informativo para los familiares y el personal de los hospitales. “En las unidades de neonatología está archidemostrado que el apego con los padres es completamente irreemplazable. Gracias a estos teléfonos los papás les pueden mandar audios, cantarles una canción, contarles un cuento”.

Habló con amigos de Argentina y Australia, donde están haciendo lo mismo. Y con una kinesióloga del San Juan de Dios que ya había conseguido un parlante para una güagüita a la que conecta con su madre mientras hacen los ejercicios de estimulación, los que funcionan muchísimo mejor. “Cuando le conté de este proyecto ella casi lloraba. Es extremadamente gratificante ver estos avances”.

Los teléfonos los utilizan como los doctores, dentro de una bolsita. “Es sabido que los teléfonos tienden a anestesiar a los niños y es por eso que no se recomienda que estén pegados a ellos todo el día. Pero en este caso, que es una emergencia, el teléfono actúa como sedante. Mostrarles los monitos que ven con la mamá constantemente en la casa, les hace no sentirse tan solos”.

Y les calma la ansiedad. “Con algunos, podemos hacer videollamadas junto a las enfermeras. En escolares y adolescentes, la idea es dejar un teléfono por niño, porque ellos necesitan abrazarlo, es como tener la mano de la mamá”.

“Imposible no ver a tu hijo ahí”

“Estamos viviendo una emergencia atroz, que ni en nuestras peores pesadillas la vimos venir”, reflexiona la doctora Puentes. Ella es madre de una pequeña de 8 meses, pero mantiene sus turnos de 24 horas y no baja los brazos. “Es terrible y agotador. Tengo una sensación permanente de tener el coronavirus pegado. Llego a mi casa y meto la ropa a la lavadora, me ducho, a veces dos veces. Me da susto prepararle la comida, la leche, cuando me toca la cara, darle besos”, reconoce.

“Y pienso también en lo frágil que es la vida, cuando la veo guatona, exquisita, tan querida. Y llego al hospital y veo guagüitas bajo peso, que no tienen quién las cuide, que lo pasan mal. Ha sido una etapa muy dura”.

—Nadie está preparado para que te separen de tu hijo.

—Nadie. Ni los papás, ni los niños, ni nosotros, el personal de atención, tampoco. Somos los primeros en promover la lactancia, el apego, incorporar a los padres en todos los procesos. Los niños sienten el abandono, no entienden por qué la mamá no los va a visitar y no entienden la pandemia tampoco. Es muy duro llegar y ver a un niño que no para de llorar, que no quiere comer, que quiere a la mamá. Y no los podemos tomar en brazos todo el día.

—¿Te puedes acercar a darles un abracito de vez en cuando?

—Sí claro. Hay niños que están con sospecha de coronavirus, pero es inevitable darles un abrazo, cantarles una canción, ponerles el chupete, contarles un cuento. Es imposible no ver a tu propio hijo ahí. Para mí, los pacientes son todos mis guaguas, los que veo crecer y los que conozco hace dos días; recibo sus miedos, sus inquietudes, uno se transforma en su cuidador.

—¿Cambió tu perspectiva desde que fuiste mamá?

—Siempre he sufrido con mis pacientes, he llorado muchísimas veces, he estado angustiada. Hay pacientes que no se olvidan nunca, pero lo que no me había pasado antes es esta empatía que tengo con las mamás. Uno tiende a minimizar el sentimiento de las mamás cuando uno maneja la patología y su evolución benigna. Pero la primera vez que mi guagua vomitó dos veces yo me quería morir (risas). Con este proyecto me motivé más que nunca, quiero que esta campaña funcione.